

# CHINA TRADICIONAL Y EL MUNDO\*

FLORA BOTTON BEJA  
*El Colegio de México*

EN EL SIGLO XIX, la mayoría de los chinos se hubieran sorprendido al escuchar la expresión "cultura china" y se hubieran asombrado aún más al saber que el valor de esta cultura podría ser tema de discusión, comparación y crítica. La cultura china es "china" específicamente en tanto se le aplican criterios de evaluación occidental, pero para los chinos fue durante muchos siglos *la cultura*, la única posible, la que era válida universalmente. El centro y sede de esta cultura era el Reino del Medio y el guardián legítimo de esta unidad cósmica era el Hijo del Cielo, el emperador de China, que en realidad reinaba sobre el universo entero.

China, por razones ya discutidas en muchas ocasiones como la de su aislamiento geográfico, la falta de contacto con otra civilización mayor, cuya cultura pudiera influir sobre la propia, por la misma dependencia cultural de los países más civilizados cercanos a ella, mantuvo constante la idea de estar en posesión de una cultura superior y de ser el centro de un reino cósmico. También, desde épocas muy antiguas, en los clásicos confucianos como el *Shi Jing*<sup>1</sup> se perfiló la concepción de unidad ideal aun cuando la realidad política no la justificaba. Durante la dinastía Zhou, se desarrolló el concepto de *tian xia* (universo), como una

\* Texto de la conferencia dictada el 20 de marzo de 1972 en El Colegio de México en el ciclo México frente a China.

<sup>1</sup> Como, por ejemplo, este poema:

Bajo el ancho cielo  
no hay tierra que no sea del rey  
dentro de sus confines no  
existe quien no sirva al rey

unidad cultural y política; el emperador se consideraba el símbolo supremo de esta unidad.<sup>2</sup> Fue tal vez esta imagen ideal constante de *ta tung* (gran unidad)<sup>3</sup> la que dio a China un carácter peculiar cuando terminó su época feudal. El feudalismo culminó con la creación de un imperio, no como sucedió en Europa con la separación en naciones con características particulares. Las diferentes regiones de China tuvieron rasgos singulares pero nunca fueron tan diferentes que hicieran dudar de que éstas pertenecían a una cultura común.

Otra razón de la perseverancia de esta visión cósmica en China, se puede encontrar en el hecho de que se desarrolló muy pronto en ella el concepto de orden impersonal y abstracto que regula el universo y que da lugar a un sistema moral mucho más difícil de destruir que a un dios antropomórfico con características específicas, fácil de vencer y reemplazar con otro.<sup>4</sup>

En general, podemos afirmar que este sentido de unidad que prevaleció en China hasta épocas muy recientes fue el de una unidad más cultural que nacional. El nacionalismo, que tan pronto hizo su aparición en Europa, fue importado tardíamente a la China del siglo XIX, y esta penetración gradual no triunfó totalmente sino en el siglo XX, cuando ya había minado el concepto de orden cósmico. Este cambio, no fue el resultado de un convencimiento intelectual en el cual quedaba demostrada la superioridad de los conceptos occidentales de nacionalismo y de igualdad entre las naciones, sino que fue consecuencia directa de un enfrentamiento de fuerzas en el cual China perdió. No sería exagerado afirmar que aún en nuestros días la idea que tiene China de los valores occidentales, está plasmada por la manera en que fue obligada a aceptarlos.

<sup>2</sup> John King Fairbank, "A Preliminary Framework", en John King Fairbank, ed., *The Chinese World Order*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1968, p. 8.

<sup>3</sup> La expresión se encuentra en el Li Yi "Libro de los Ritos", s. III a. C., y se refiere a una época primitiva ideal en la cual todos pertenecían a la misma gran familia humana. Mao usa esta expresión aplicándola al comunismo.

<sup>4</sup> Schwartz, en Fairbank, ed., p. 283.

Volviendo al mundo tradicional chino, éste incluía, además de los habitantes del Reino del Medio, a todos los bárbaros, es decir, a todos los pueblos que no participaban plenamente de la cultura china, y lo manifestaban a través de las costumbres, la lengua, la vestimenta, las ceremonias, la música. Como el criterio de barbarie estaba apoyado en una evaluación cultural y no racial o religiosa, un bárbaro dejaba de serlo si sufría una transformación cultural.

Muy pronto se planteó en China el problema de la posibilidad de la asimilación de los bárbaros o de la necesidad de mantenerlos apartados para que no contaminaran con su ejemplo a la cultura china. Esta dualidad de intención y de hecho es obvia cuando se estudia la expansión de la cultura china al norte y al sur. Al norte, el límite es muy claro, cuando termina la zona de cultivo y empieza la estepa, termina también la posibilidad de una cultura con bases en una sociedad agrícola y sedentaria como es la de China. Levantar murallas no fue solamente un intento de impedir la invasión de los bárbaros del norte sino también una manera de retener la cultura china dentro de sus márgenes legítimos, sin permitir que se esfumara por migraciones hacia regiones poco propicias para su florecimiento.<sup>5</sup> La colonización del sur fue mucho más fácil y la incorporación de los pueblos que lo habitaban a la cultura china se pudo llevar a cabo a través de los siglos sin conflictos demasiado graves.

La determinación china de contener a las tribus del norte no fue siempre fácil de aplicar y desde la antigüedad las relaciones de China con otros pueblos tuvieron un carácter complejo. Por un lado se planteaba la relación de tipo ideal, en la cual la soberanía del emperador no era puesta en duda, pero por otro, causas de fuerza mayor obligaban a China a aceptar una relación menos ideal y más flexible. Cuando los chinos se enfrentaron a bárbaros demasiado fuertes, ensayaron varias formas de relaciones: matrimonios de

<sup>5</sup> El estudio más completo sobre el problema de las fronteras del norte, lo ha hecho Owen Lattimore en *Inner Asian Frontiers of China*, Boston, Beacon Press, 1962.

alianza, establecimiento de contactos personales, intentos de enfrentar a unos bárbaros contra otros,<sup>6</sup> etc. Hubo varios momentos en la historia de China en los cuales fue dominada parcialmente por bárbaros, y en dos ocasiones una dinastía bárbara reinó sobre todo su territorio: la dinastía Yuan era mongola y la Ching, manchú. Estas dominaciones no minaron la integridad de la cultura china y los emperadores tuvieron que aceptarla y volverse soberanos cósmicos, guardianes del orden moral confuciano. En un caso así, el origen étnico de un conquistador no importaba demasiado. Los mongoles no lo hicieron con total convicción y permanecieron en el poder menos de cien años; los manchúes, en cambio, asumieron su papel con gran celo y se mantuvieron en el trono casi trescientos.

Según el ideal tradicional de las relaciones de China con los demás pueblos, el emperador, soberano universal, por medio de su superioridad moral se impone y ordena al mundo y es un ejemplo luminoso para los bárbaros quienes, a su vez, inspirados por tan noble ejemplo, expresan su gratitud ofreciéndole como tributo todos los mejores productos locales. Ésta es la explicación formal del sistema tributario.

Es difícil explicar con claridad el sistema tributario ya que pertenece a un ámbito muy diferente de los usos y costumbres occidentales y es artificial aislarlo del marco total de las instituciones confucianas.<sup>7</sup> El emperador es una figura cósmica y reconocerle como tal, rendirle tributo, equivale a reconocer el orden cósmico, mientras que no hacerlo constituye un verdadero acto en contra de la naturaleza. El sistema tributario es una extensión universal de la estructura social confuciana en la cual las cinco relaciones básicas son de soberano a súbdito, de padre a hijo, de marido a mujer, de hermano mayor a hermano menor, y de amigo a amigo. El vocabulario tributario recuerda muchas veces estas relaciones y explica cómo funcionaba lo que en Occi-

<sup>6</sup> C. Y. Hsü, *China's Entrance Into the Family of Nations*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1960, pp. 10-12.

<sup>7</sup> Marc Manca, "The Ching Tribute System an Interpretive Essay". Y. K. Fairbank, ed., *The Chinese World Order, op. cit.*, p. 63.

dente se llamó "la familia confuciana de naciones", entre las cuales China era el jefe de familia y los demás países miembros subalternos. Estos miembros de "la familia confuciana de naciones" fueron a través de los años: Corea, las islas Liu-qui (Ryukyu), Siam, Vietnam, Nepal, Birmania, Japón (hasta cierto momento), y los demás pueblos menos influidos por la cultura china entre los cuales estaban los bárbaros de Asia Central, a los que se agregaron más adelante los bárbaros de Europa.

La relación tributaria implicaba deberes y algunos derechos, pero estos derechos no se daban de igual a igual sino siempre en calidad de superior a subalterno. Los países tributarios no podían tener emperadores sino reyes investidos por el emperador chino, debían enviar emisarios a la capital llevando el tributo fijado por el emperador y a intervalos también establecidos por él. Al llegar ante el emperador, los emisarios cumplían con el ceremonial adecuado que culminaba con el *cotow*.<sup>8</sup> A su vez, el Hijo del Cielo sufragaba el gasto de estadía de las misiones, enviaba regalos generosos y concedía el derecho de comerciar.<sup>9</sup>

El derecho de comerciar explica muchos de los aspectos del sistema tributario que ha sido considerado a veces como un ritual para sancionar las actividades comerciales. Sin embargo, no fue el sistema tributario sólo una forma ridículamente complicada para comerciar. Tributo y comercio fueron dos aspectos relacionados en un proceso de intercambio que abarcaba otros aspectos y no se limitaba a valores materiales tangibles. La llegada de los tributarios, su homenaje al emperador ante cuyo esplendor no podían más que rendirse, los festines y banquetes de los cuales participaban durante su estadía en la capital, el comercio del cual se beneficiaban, todo era ocasión para establecer normas de re-

<sup>8</sup> El *cotow* era la reverencia al superior; el que hacía el *cotow* debía ponerse tres veces de rodillas y tocar el suelo con su frente. Esta costumbre que para los chinos era una manera de expresar respeto y sumisión (el emperador hacía el *cotow* al Cielo, su ilustre antepasado), enfurecía a los occidentales y los hacía sentirse humillados.

<sup>9</sup> Hsü, *op. cit.*, pp. 3-5.

conocimiento político, demostrar poder, pedir ayuda militar, actividades que no son muy diferentes de los procedimientos diplomáticos en la actualidad.

Si bien el tributo implicaba el comercio, éste no siempre implicaba el tributo, y la elasticidad que dentro de su rigidez aparente demostró China en tantas ocasiones a través de la historia, no dejó de aparecer en este caso. Mientras llegaban tributarios de los reinos del oeste con ofrendas de pavos reales y tributarios de los reinos del sur cargados de frutas exóticas, en el norte se llevaba a cabo en muchas ocasiones un comercio no tributario en el cual los chinos adquirirían caballos que les eran sumamente necesarios o compraban pieles rusas sin tener que hacer necesariamente todo el ritual requerido por el sistema tributario. Más adelante, el comercio de los europeos en Cantón seguiría este modelo.<sup>10</sup>

A pesar de su aislamiento, China tuvo contactos con el mundo occidental a partir de la dinastía Han, a principios de nuestra era. El comercio de las tan apreciadas sedas chinas tuvo un primer auge en el Imperio romano, y entonces se usaron rutas terrestres que, partiendo de Antioquía, pasaban por Samarcanda, atravesaban Asia Central y llegaban hasta Chang-an. Al mismo tiempo, se exploraban las rutas marítimas. Este intercambio comercial en el cual Occidente parecía necesitar más los productos de China que ésta los productos que Occidente podía ofrecerle, estableció un patrón que no cambiaría sino en el siglo XIX, cuando los países occidentales tuvieron la posibilidad de introducir productos manufacturados a bajo precio. Además de su indiferencia ante posibles importaciones de Occidente, China mantuvo esta actitud también frente a las ideas de esta parte del mundo, sin que se produjera ninguna influencia cultural ni contactos políticos. La única importación importante en China en el ámbito de las ideas, el budismo, tampoco condujo a estrechar lazos con la India, su lugar de procedencia.

<sup>10</sup> Fairbank en Fairbank, ed., *The Chinese World Order, op. cit.*, p. 14.

Durante la dinastía Tang, en los siglos VII a IX, China llegó al máximo de movimiento comercial y las rutas de la seda tenían un tráfico inusitado: En las dos capitales de Chang-an y de Loyang abundaron los productos exóticos y se podían adquirir las cosas de mayor rareza.<sup>11</sup> Al mismo tiempo, se instalaron en China comunidades de extranjeros con diferentes costumbres y diferentes religiones y aparecieron doctrinas como el zoroastrismo, el islam, el cristianismo nestoriano, etc. A pesar de todo, únicamente el budismo tuvo arraigo y aun el budismo debió adaptarse a ciertas formas culturales propias de China. No debemos olvidar que en esta época Europa atravesaba uno de los períodos menos brillantes de su historia, Bizancio estaba en decadencia, India fragmentada y Persia conquistada por los árabes.<sup>12</sup> En ninguna parte podían encontrar los chinos algo que pusiera en duda su propia superioridad cultural y la barbarie de los demás pueblos.

Los primeros europeos que llegaron a establecer contactos comerciales permanentes en el sur de China, no ayudaron a disipar la imagen de bárbaro asociada con los occidentales. Los primeros fueron aventureros portugueses que llegaron a China por la ruta del Cabo hacia 1514 y que se destacaron por su capacidad de crearse problemas y por celo evangelizador cuyo espíritu de permanente cruzada no podían ni estaban dispuestos a entender los chinos.<sup>13</sup> Hasta esa época el comercio estuvo en manos de los árabes, que habían aprendido a frenar sus impulsos religiosos y vivían en paz con los chinos. Cuando los misioneros jesuitas llegaron a China, lamentablemente ésta ya había conocido a los

<sup>11</sup> Las importaciones de objetos "exóticos" y productos de tierras lejanas durante la dinastía Tang están muy bien descritos en el libro de Edward Schaffer, *The Golden Peaches of Samarkand, a Study of T'ang Exotics*, Berkeley, University of California Press, 1963.

<sup>12</sup> C. P. Fitzgerald, *The Chinese View of their Place in the World*, London, Oxford University Press, 1964.

<sup>13</sup> Ver Fitzgerald, *ibid.*; también John King Fairbank, *The United States and China*. Edición revisada. New York, The Viking Press 1962 y C. R. Boxer, *South China in the Sixteenth Century (1550-1577)*, London, 1954.

comerciantes y la imagen del europeo estaba plasmada. Es cierto que los jesuitas que penetraron en la corte de Pekín y allí fueron favorecidos por los emperadores, pudieron en cierto momento reflejar el lado positivo de la civilización occidental. Cultos, tanto en letras como en ciencias, ocuparon puestos destacados como matemáticos y astrónomos de la corte. Una figura como la de Matteo Ricci podía alternar con los mandarines de la corte y era respetado por su sabiduría y capacidad. Este contacto, que podría haber llevado a otro tipo de relaciones con Occidente, no duró por culpa de las disputas internas de las órdenes eclesiásticas en las cuales intervinieron tanto el Papa como el emperador de China y que culminaron con la expulsión de todos los misioneros.

Los aventureros que se enfrentaron a una civilización que no sospechaban encontrar, los misioneros que conocieron el refinamiento de la corte y el pensamiento confuciano no tardaron en escribir sobre ello y darlo a conocer a sus compatriotas. Muy pronto surgió en Europa una moda en la cual se favorecía y se admiraba todo lo chino y se criticaba lo propio a la luz de los logros tan ponderados del pensamiento político chino. El arte, la literatura, la filosofía, se empaparon de "sinismo"<sup>14</sup> pero en este momento de acercamiento de Europa a China, los únicos que no participaron del proceso fueron los chinos mismos que mantuvieron su indiferencia por la cultura de los bárbaros y ni siquiera intentaron conocer su sistema político.

Estas descripciones atrajeron a su vez más comerciantes, interesados menos en el paradigma cultural chino que en la posibilidad de lucro, y así los mismos portugueses fueron desplazados por los ingleses en Cantón, los españoles llega-

---

<sup>14</sup> Ver Arnold Rowbotham, *Missionary and Mandarin, The Jesuits at the Court of China*, Berkeley, University of California Press, 1942. Hay una gran bibliografía sobre la influencia de China en Europa como por ejemplo, Virgile Pinot, *La Chine et la Formation de l'esprit Philosophique en France (1640-1740)*, París, 1932; Adolf Reihweig, *China and Europe; intellectual and artistic contacts in the Eighteenth Century*, New York, Barnes and Noble, 1968 y la monumental obra de Donald Lach que hace el examen más exhaustivo de las relaciones Oriente-Occidente.

ron desde las islas Filipinas, los holandeses desde Batavia. El comercio se intensificó día a día y de la misma manera aumentaron las tensiones que lógicamente suscitó un intercambio comercial con un país poco interesado en ello como lo era China y cuyo concepto de las relaciones internacionales estaba basado sobre principios de soberanía totalmente diferentes.

De los varios intentos que se realizaron para tratar de establecer contactos adecuados con la corte de Pekín y negociar alguna forma de representación capaz de allanar las dificultades cada día mayores del comercio con China, la misión de Macartney, enviado en 1793 por Jorge III de Inglaterra, ofrece el ejemplo típico de lo que estaba en juego en aquel momento. Aparecen ante nosotros dos mundos separados por un abismo ideológico, que vistos más de cerca en cuanto a la aplicación práctica de su ideología, no son tan diferentes.<sup>15</sup> Inglaterra sustentaba la creencia de la soberanía de las naciones, la igualdad entre ellas y la necesidad de un intercambio diplomático basado en la ley internacional. China aceptaba un orden cósmico encabezado por el emperador, y sus relaciones internacionales estaban formuladas como un sistema tributario en el cual se sostenía la desigualdad de las naciones y dentro del cual insistía en incluir a las naciones europeas. Jorge III, a través de Macartney, pidió al emperador Qian Lung que le permitiera enviar a Pekín a un representante para que pudiera tratar de todo lo relativo al comercio directamente con el gobierno central. Qian Lung le contestó:

Vos, oh rey que vivís más allá de los confines de muchos mares, movido por vuestro humilde deseo de gozar de los beneficios de nuestra civilización, habéis enviado una misión que trajo respetuosamente vuestra petición. Vuestro representante ha cruzado mares y ha venido a presentar sus respetos el día de mi cumpleaños. A fin de probar vuestra devoción, habéis también enviado ofrendas de lo que vuestro país produce...  
En cuanto a vuestra petición de enviar a un representante

<sup>15</sup> G. L. Crammer Byng, "Lord Macartney's Embassy to Peking in 1793", *Journal of Oriental Studies*, 4.7-2 (1957-1958).

acreditado ante mi Corte Celestial para que controle el comercio de vuestro país con China, esta petición es contraria a todos los usos de la dinastía y no puede ser concedida. . .

Europa consiste de otras muchas naciones aparte de la vuestra. Si todas pidieran ser representadas en la Corte ¿cómo podríamos consentir a eso? Es absolutamente imposible. ¿Cómo puede la dinastía cambiar todo su procedimiento y sistema de etiqueta, establecidos desde hace más de un siglo, únicamente para complaceros? . . .

La virtud majestuosa de nuestra dinastía ha penetrado en cada país bajo tributos costosos por tierra y por mar. Como vuestro embajador puede observar por sí mismo, tenemos todo lo que necesitamos. No valoramos a los objetos extraños o ingeniosos y no necesitamos nada de lo que vuestro país produce.<sup>16</sup>

Eso, a fines del siglo xvii puede parecer un anacronismo imperdonable desde el punto de vista de Occidente, pero Qian Lung quien estaba en la cúspide de su poder, no tenía ninguna razón para decidirse a cambiar las costumbres y la mentalidad chinas.

La misión de Macartney dio lugar a malentendidos que fueron minando las relaciones de China e Inglaterra antes de que éstas empezaran y el debate giró alrededor del hecho de que si Macartney hizo *cotow* (él dice que no, los chinos que sí), o si fue humillado y a través de él todo el Imperio británico. Inglaterra expresó su indignación ante la terquedad de los chinos, pero aún en el sistema europeo las naciones podían ser fuertes o débiles y la dependencia de una nación sobre otra no era un hecho insólito dentro de la familia europea de naciones. China misma en muchas ocasiones tuvo que tratar con otros pueblos en pie de igualdad.

La situación no cambió por algún tiempo y los países occidentales tuvieron que ceder en sus principios y seguir aceptando los términos chinos. De 1655 a 1795, de 17 misiones que fueron a Pekín, 6 rusas, 4 portuguesas, 3 ho-

<sup>16</sup> Citado en Richard L. Walker, ed., *China and the West: Cultural Collision. Selected documents*, Far Eastern Publications, Yale University, 1956, pp. 27, 5.

landesas, 3 del Vaticano y una de Inglaterra todas fueron calificadas por los chinos de misiones tributarias, y todos los emisarios excepto el de Inglaterra tuvieron que hacer el *cotow*.<sup>17</sup> Este estado de cosas marcó el final de la admiración de Europa por China y los chinos, que antes eran sabios, refinados, civilizados y poseedores del secreto del buen gobierno, y que pasaron a ser sucios, ignorantes, venales, retrógrados y paganos. El desengaño de Occidente no afectó mayormente a China hasta 1840, cuando fue obligada, de manera brutal, a tener en cuenta a este pretendiente hasta entonces despreciado.

Las circunstancias de la guerra del opio son bien conocidas así como las razones por las cuales los mercaderes occidentales encabezados por los ingleses de la East India Company, se sentían insatisfechos. Se les permitía comerciar únicamente desde el puerto de Cantón; el comercio estaba limitado por la acción del monopolio ejercido por el gremio de comerciantes del Co-hong, a través del cual debían efectuarse todas las transacciones, las tarifas aduanales de exportación eran arbitrarias y fluctuantes, la residencia estaba limitada dentro de las factorías y las familias debían permanecer en Macao. A cada protesta los chinos podían contestar, y varias veces así lo hicieron "nadie les ha pedido que vengan, si no les gusta nuestra manera de ser, pueden irse". El comercio, a pesar de todo, era demasiado provechoso y lo fue aún más lucrativo con el incremento del contrabando del opio. Cuando el gobierno chino decidió reaccionar ante una situación alarmante y comisionó a Lin Tse-xu a Cantón, los ingleses estaban listos y dispuestos a hacer intervenir a su gobierno apoyados por la fuerza de las armas. Cuando Lin destruyó las existencias de opio, los ingleses no tardaron en replicar con la ofensiva militar y del conflicto que eso suscitó, China salió debilitada y dispuesta a pactar. Los tiempos de Qian Lung habían pasado; en la carta que el comisionado Lin le envió a la reina Victoria, se refleja una gran dignidad pero ya no se observa el tono

<sup>17</sup> Hsü, *op. cit.*

de seguridad con la cual Qian Lung había escrito a Jorge III:

Hemos oído que en vuestro país el opio está prohibido con la máxima severidad; esto constituye una prueba de que sabéis cuán dañino es para la humanidad. Ya que no permitís que lesione vuestro país no deberíais tampoco consentir que esta droga peligrosa sea transportada a otra parte.<sup>18</sup>

En el tratado de Nankín de 1842, Inglaterra obtuvo además de Hong Kong, varias concesiones como la apertura de cinco puertos para comerciar,<sup>19</sup> la supresión de Co-hong, tarifas impositivas fijas para los productos exportados, extraterritorialidad judicial para sus súbditos y la cláusula de nación más favorecida que estipulaba la obligación de China de concederle cualquier concesión adicional que le otorgara a otra nación. Casi inmediatamente China firmó tratados similares con los Estados Unidos, Francia, Noruega, Suecia, etc.

Es común señalar la fecha del tratado de Nankín como el momento en el cual empieza a desmoronarse la dinastía Ching que con su ignorancia y debilidad había arrastrado a China por caminos de vergüenza y humillación. Existe, sin embargo, la opinión <sup>20</sup> de que aun en este momento China, que estaba enfrentando una situación difícil, reaccionó de una manera tradicional, aplicando una vez más su propio sistema de relaciones internacionales. El sistema de tratados tiene reminiscencias del pasado. Por ejemplo, tener comunidades de extranjeros no era cosa nueva y siempre un jefe del grupo era responsable del comportamiento y se encargaba de la disciplina de los demás. Esto se llamaba ahora extraterritorialidad y el jefe, cónsul. La cláusula de "nación más favorecida", por un lado hacía hincapié en la imparcialidad de China al tratar a todos los bárbaros por igual, y le daba la ocasión de poder utilizar unos contra otros. Tam-

<sup>18</sup> Walker, *op. cit.*, p. 100.

<sup>19</sup> Amoy, Foochow, Ningpo, Shanghai, Cantón.

<sup>20</sup> Fairbank en Fairbank, ed., *The Chinese World Order, op. cit.*, pp. 259-61.

poco era desconocido el procedimiento de ceder bienes materiales a los bárbaros y si no se les podía mantener fuera, se trataba de absorberlos dentro de la cultura china. En esta ocasión los chinos fracasaron, la cultura china no fue absorbida por los conquistadores y el mundo tradicional chino se fue desintegrando lentamente.

El problema de la representación diplomática en la capital no fue resuelto sino en 1858 con el tratado de Tientsin. China tuvo que acceder, después de una guerra, a la representación diplomática de las demás naciones en la capital, hecho sin precedentes en su historia,<sup>21</sup> y en 1861 se vio obligada a crear el primer "ministerio de relaciones exteriores", el Zungli Yamen, que jugó un papel importante al conseguir colaboración de los países occidentales para combatir las rebeliones de los Nien y de los Taipings.<sup>22</sup> Después de la supresión de las rebeliones cayó en decadencia y más adelante fueron los generales victoriosos los que darían la pauta de las relaciones exteriores.

La necesidad imperiosa de cambio se sintió desde el primer enfrentamiento armado cuando la guerra del opio. El comisionado Lin, caído en desgracia después de la derrota, admitió en varias ocasiones que era necesario aprender nuevas técnicas de guerra y adquirir armamentos más modernos para poder enfrentarse a los occidentales. Varias veces se levantaron pidiendo cambios y se intentaron movimientos de reforma. En la mayoría de los casos se buscaba llevar a cabo sólo un cambio externo, aceptando la tecnología occidental y preservando el espíritu y la cultura confucianos. Grupos de recalcitrantes confucianos, opuestos a todo cambio, se negaron a aceptar durante varios años cualquier intento de reformas y señalaron que el cambio material traería un cambio cultural en el cual se perderían los valores más sagrados. Es fácil acusar de reaccionarios y retrógradas

<sup>21</sup> Es cierto que hubo jesuitas quienes vivieron en la corte de Pekín en los siglos xvi a xviii pero eran obligados a vestirse a la usanza china y no les era permitido salir del país.

<sup>22</sup> Masataka Banno, *China and the West 1858-1861, The Origins of the Tsungli Yamen*, Cambridge, Harvard University Press, 1964.

a estos últimos defensores de lo tradicional; sin embargo, independientemente del daño que pudo ocasionar a China esta terquedad, fueron ellos los que se percataron de lo que necesariamente debía ocurrir y de que un cambio no podía dejar intacta la cultura tradicional. Ya no se trataba de aprender a usar caballos en la guerra o adoptar los estribos que usaban los bárbaros; el cambio material del que se trataba implicaba industrialización y un tipo de modernización que estaba en conflicto absoluto con el confucianismo.

El primer cambio que se percibe en el siglo XIX, lo sufren muchos defensores de la "esencia china": destrucción paulatina de la idea de un orden cósmico remplazada por la idea de una nación. Al destruir la idea muy confuciana de la supremacía china en un imperio universal, en el que le toca el papel de jefe supremo, al aceptar el concepto de una monarquía constitucional y de un sistema multiestatal, se resquebrajó uno de los principios más importantes del pensamiento tradicional. Poco se podría salvar después, ya que el nacionalismo que surgió por un proceso natural remplazando el concepto de orden cósmico no llegó solo sino que fue acompañado por un debilitamiento de lealtades locales en beneficio del bien nacional y concientemente por una pérdida gradual de ideales confucianos del clan y de familia.

En la actualidad China ha vuelto a adherirse a una ideología universalista y eso puede suscitar la duda de un posible regreso al sistema tradicional de relaciones internacionales.<sup>23</sup> China, en este caso, inspirada por el pensamiento maoísta, señalaría el camino que deberían seguir los países del tercer mundo y ella ocuparía un lugar de privilegio en esta nueva familia de naciones. Sin embargo, como lo señala Benjamín Schwartz,<sup>24</sup> es difícil pensar que entre los dirigentes comunistas chinos subsista todavía una cosmología confuciana y este nuevo orden universal, el comunista, no puede ser comparado con el tradicional. Las fuentes del

<sup>23</sup> Ver por ejemplo Fitzgerald, *op. cit.*, p. 49.

<sup>24</sup> B. Schwartz, en Fairbank, ed., *The Chinese World Order, op. cit.*, pp. 284-88.

comunismo chino son el marxismo-leninismo y no es posible pretender que tanto Marx como Lenin fueron chinos.

Se podría argumentar que el maoísmo poco a poco pondrá un énfasis tan grande en sus peculiaridades que llegará a negar hasta sus antecedentes, y que entonces China podría pretender haber establecido un nuevo orden universal. Todas las especulaciones son posibles, pero en la actualidad la realidad parece ser otra. En el viaje que hizo recientemente el presidente norteamericano Richard Nixon a la República Popular de China, se dio a conocer un comunicado conjunto en el cual China reitera su rechazo a la formación de potencias que pretendan regir los destinos de otras naciones y que intervengan en la autodeterminación de los pueblos. China no rehusa ser un ejemplo de camino revolucionario, pero parece haber aceptado la idea de la igualdad entre las naciones, idea que habría sido imposible de formular en la época tradicional. Quizá así se efectuará la síntesis de la cultura china y la occidental.